



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 3.º

JUEVES 19 DE MARZO DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIA un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

DEL ECLECTICISMO FILOSÓFICO, CIENTÍFICO Y LITERARIO, por Félix Jandé.—AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO, DEL HOMBRE FLACO Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO: (traducción del inglés), (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—EL MONTE DE SAN BERNARDO.—REVISTA DE MARSELLA.—EL AVE LIRA.—EL CIPRES, por Melchor de Palau.—EL TEÓLOGO INGLÉS WILLIAM LAUD.—EL ATENEO CATALAN DE LA CLASE OBRERA.—EL FILÓSOFO Y LA HECHICERA, cuento, traducido directamente del ruso. (Continuación), por Nicolás Gogol.—PENSAMIENTOS.—CANTARES, por Melchor de Palau.—MALMSTEN, poesía popular sueca de la edad media.—REVISTA DE TEATROS, por Bonifazio Stiffelio.—REFRANES HIGIENICOS.

DEL ECLECTICISMO

FILOSÓFICO, CIENTÍFICO Y LITERARIO.

En un siglo, cual es el XIX que ya casi promediamos; en un siglo que ha sucedido al famoso XVIII, que era un siglo de censura, de duda, de escepticismo, y que discutiendo todas las materias sagradas y profanas se tituló siglo crítico; en un siglo por fin, cual es el nuestro, que creyendo terminadas ya las dudas y discusiones, pretende poseer el positivismo en todas las cosas, atribuido generalmente al eclecticismo dominante en él, y que se arroga por lo tanto el pomposo título de siglo positivo; en este siglo intento manifestar, que el tan pregonado eclecticismo no es, ni puede llamarse un sistema, no es el verdadero método de filosofar, no puede por consiguiente en manera alguna dominar en un siglo que quiera progresar en las ciencias y artes, en la filosofía y literatura.

Sin duda alguna mi intento será calificado de muy temerario, cuando tanto en la nación vecina como en la nuestra ha sido sobremedida ensalzado el eclecticismo, y cuando casi todos nosotros nos hemos gloriado mas ó menos de ser ecléticos. En Francia el célebre Cousin y sus numerosos discípulos han llegado á formar una secta de ecléticos, y han introducido el eclecticismo en todos los ramos del saber humano, no solo en la filosofía, sino desde esta, por imitación y á manera de un contagio, segun suele hacerlo lo nuevo y fa-

moso, en la medicina y demás ciencias, y finalmente en la literatura, como si ya todo estuviese hecho é inventado en ellas, como si ya no hubiese nada mas que hacer, sino escoger lo mejor de cuanto se hubiese hecho é inventado. Esta imitación, este contagio, se ha pegado á nuestros compatriotas, segun costumbre, y conviene combatirlo y disiparlo. Combatiré primeramente el eclecticismo filosófico, pudiéndose despues aplicar muy bien lo que de él se diga, no solo al eclecticismo científico, sino tambien al literario.

Debo empezar por decir que se llaman ecléticos aquellos que, sin tener sistema alguno, escogen las opiniones que le parecen mas verosímiles, y toman lo que mas les acomoda de todos los sistemas. Siendo esta definicion exacta, se necesitan dos condiciones rigurosas para ser eclético; la primera es no tener sistema alguno; y la segunda escoger lo que parezca mejor y mas verosímil de todas las opiniones y sistemas.

Sin la primera condicion, si para ser un perfecto eclético bastase escoger lo que pareciese mas verdadero y adecuado de todos los conocimientos que se ofrecieren y examinar, el eclecticismo, como dice el célebre Diderot en la *Enciclopedia*, fuera la filosofía de todos los buenos ingenios desde el principio del mundo. «No hay jefe de secta, añade el mismo que no haya sido mas ó menos eclético. Para formar su sistema Pitágoras, puso á contribucion los teólogos del Egipto, los gimnosofistas de la India, los artistas de la Fenicia y los filósofos de la Grecia. Platon se enriqueció con los despojos de Sócrates, Heráclito y Anaxágoras. Zenon robó al pitagorismo, al platonismo, al heraclitismo y al cinismo. Todos emprendieron largos viajes; ¿y cuál era el fin de estos, sino el de interrogar á los diferentes pueblos, de recoger las verdades esparcidas sobre la superficie de la tierra, y de volver á su patria llenos de la sabiduría de todas las naciones?

En efecto, es tan evidente que los hombres

van progresivamente nutriendose de los productos anteriores de los otros hombres, que jamás filósofo alguno ha pensado seriamente en prohibirse el conocimiento de los descubrimientos, ni aun de los errores y estravíos de sus predecesores. Descartes fue quizá, de todos, el que con ánimo deliberado quiso mas sacar de su propio fondo y hacer contribuir su propio ingenio; pero por mas seducido que estuviese por el método de los geómetras, por mas confianza que tuviese en el gran poder del silogismo y de las largas series de razonamientos, Descartes no se atrevió á prohibirse el conocimiento de las filosofías anteriores. Lejos de esto, en su *Discurso del Método* alaba la lectura de los buenos libros, y en una de sus cartas profesa una gran estimacion por la erudicion bien empleada, diciendo: «que admite de buena gana que es preciso abrazar con plenitud todo lo que debe concurrir al descubrimiento de las verdades que buscamos, consistiendo en esto toda la erudicion, toda la verdadera ciencia humana, la cual se halla asi adecuada al verdadero uso de nuestra razon.» Asi pues, Descartes mismo, el hombre de la lógica solitaria, que se retiró de todas las escuelas y aun de toda sociedad, que empezó por dudar de todo y se entregó enteramente á su pensamiento, admite, que lo que debe concurrir al descubrimiento de las verdades que buscamos, se compone, á lo menos en parte, de la ciencia adquirida anteriormente por los otros, ciencia que debemos á un tiempo asimilarnos y trasformar y perfeccionar, reconociendo asi implícitamente que los ingenios tienen entre sí una relacion necesaria, de que resulta que los descubrimientos hechos por los unos pueden y deben aprovechar á los otros. Con su propio ejemplo demostró Descartes este necesario aprovechamiento, pues no solo tomó de nuestro célebre médico español Gomez Pereira el sistema del automatismo de los brutos, como es generalmente sabido, sino tambien la libertad de filosofar con el método psicológico, en que Cousin co-

loca el principio de la filosofía moderna, su famoso principio de *Yo pienso, luego existo*, y quizá otras cosas, como he manifestado en otra parte.

Así pues de un modo ú otro, por vías directas ó indirectas, todo filósofo participa necesariamente de los trabajos anteriores de la filosofía. Mas nadie es filósofo sino hace sufrir á estos trabajos una modificación importante, si no se apodera fuertemente del pensamiento en el punto á que este ha llegado en su tiempo, para fecundarlo en su propia originalidad y llevarlo adelante. Hay épocas, dice un filósofo moderno, en que se puede impunemente cerrar los libros, y aun las hay en que se debe cerrarlos. Tal fue la época de Descartes, por ejemplo, relativamente á su misión. Hay épocas, al contrario, en que deben abrirse. Mas sea que el filósofo se ponga á pensar en virtud de lo que el estado presente del mundo le ha enseñado, sea que llame á la erudición en su auxilio, siempre se exigirá de él que haga sufrir al pensamiento anterior una transformación, una nueva elaboración, una peculiar fecundación y adelanto. A esta sola señal y con esta sola condición será un filósofo. Un sistema pues en definitiva, es siempre la última cosa que se exigirá justamente de él.

Tómese pues en cualquiera parte todo lo que se quiera; pero se ha de tener un principio para tomarlo, se ha de tener un impulso, un punto inicial y un fin correspondiente á este punto; en otros términos, se ha de tener una inspiración que mire á lo pasado y á lo futuro, *est Deus in nobis, agitante calescimus illo*, ha de decir un filósofo, igualmente que un poeta. Mas si en lugar de esto se está desprovisto de toda inspiración, de todo espíritu que casi pudiera llamarse divino ó profético, de toda fuerza de fecundación vivificadora, poco se podrá adelantar realmente. Tomad pues, robad, como decía Diderot; pero manifestadnos que estais dotado de cierta fuerza viva que os autoriza á tomar así vuestro bien en todas las partes en que se halle, y que sabrá aprovecharlo del modo conveniente. Porque es la fuerza viva que él posee, es la vida que en razón de esta fuerza ha adquirido y acumulado, es la actividad de un ingenio mas ó menos creador que elabora, vivifica y transforma los materiales sometidos á su acción, la que constituye al filósofo.

Por consiguiente el filósofo que se siente tal ¿podrá nunca decirse ecléctico? Lo que él siente primero en sí, es esta fuerza viva que le constituye. ¿Cómo se quiere, pues, que sacrifique esta fuerza al material de que se sirve? Esto se parecería demasiado á un mecánico que confundiese la palanca con la fuerza. El verdadero filósofo, pues, tendrá siempre esta tendencia, tan señalada en Descartes, de considerar antes de todo el uso que hace de su razón; y para él la ciencia nunca será mas que la forma de su razón, el exterior y la materia de su filosofía. Así tambien, aunque siempre los filósofos, y aun los jefes de secta, comprendiendo hasta á aquellos que se han mirado como inspirados y reveladores, hayan hecho uso de una especie de eclecticismo, como lo advierte Diderot, es, con todo, imposible hallar en la historia un solo filósofo notable que haya tomado seriamente el nombre de ecléctico.

Pero se dirá que, hayan ó no tomado el título de eclécticos, á lo menos no podrá negarse que haya habido un gran número de pensadores, y aun de pensadores eminentes, que no han pertenecido precisamente á secta alguna filosófica, y no han tenido en materia alguna un sistema de filosofía, aprovechándose libremente de todos los sistemas y siendo por lo tanto eclécticos. Y aquí se citará una multitud de nombres ilustres, tomados entre los antiguos y los modernos, de sabios, de políticos, de moralistas, de literatos, de escritores en todos géneros, á quienes la posteridad ha justamente conferido el nombre de filósofos. Todos estos pensadores, se nos preguntará, ¿tenían un sistema?

A esta pregunta debe responderse, que creer que estos pensadores han estado destituidos de sistema, es una ilusión; bien que esta ilusión es natural, que Diderot, escribiendo el artículo *Eclecticismo* de su Enciclopedia, y reflexionando sobre sí mismo y sobre los pensadores de su tiempo, exclamó de repente, como si hubiese tenido una revelación súbita de una gran verdad: «¡Pero nosotros no somos todos mas que unos eclécticos! Desde el siglo XVI ¿qué hacemos nosotros, todos cuantos somos? Desde Bruno y Cardano ¿qué somos nosotros? ¿Juramos por la autoridad de alguno? ¿Tenemos una bandera, una escuela?» Yo no veo mas que libres pensadores, celosos de la mas bella prerogativa de la humanidad, la libertad de pensar por sí mismo. El sectario es un hombre que ha abrazado la doctrina de un filósofo, y el ecléctico, al contrario, es un hombre que no reconoce maestro alguno. El ecléctico es un filósofo que hollando la preocupación, la tradición, la antigüedad, el consentimiento universal, la autoridad, en una palabra, todo lo que sojuzga á la multitud de los ingenios, se atreve á pensar por sí mismo, remontar á los principios generales mas claros, examinarlos, discutirlos, no admitir nada sino sobre el testimonio de su experiencia y su razón, y de todas las filosofías que ha analizado sin respecto y sin parcialidad hacerse una filosofía particular y doméstica que le pertenezca.

Mas Diderot no repara que termina su definición del ecléctico con una singular contradicción, porque si el ecléctico es un hombre que huella denodadamente la preocupación, la tradición, la antigüedad, el consentimiento universal y la autoridad, el ecléctico por esto mismo es un revolucionario que provoca á los hombres á la emancipación del pensamiento, como lo eran generalmente del tiempo de Diderot los filósofos del siglo XVIII, que poco se paraban en escoger opiniones medias á guisa de eclécticos, propendiendo siempre mas bien á las opiniones libres y extremas, y aferrándose á ellas muy tenazmente; poco se paraban en gustar y seguir las opiniones ajenas, presentando mas bien las propias donde quiera. ¿Quién llamará eclécticos, por ejemplo, á Rousseau, Voltaire, d'Alembert, Marmontel y al mismo Diderot, que se jactaron tanto de ser unos libres pensadores, dogmatizaron bastante en muchas materias, no dejaron de formarse sus peculiares sistemas, y debieron por lo menos considerarse como unos señalados escépticos? Y si finalmente, el ecléctico, como dice Diderot, halla haber descubierto al cabo de todas sus investigaciones una filosofía particular tiene ya un sistema, y por consiguiente no es ecléctico sino de nombre, siendo en el fondo muy afirmativo y muy dogmático.

Pues bien, lo mismo ha sucedido en diferentes grados con los pensadores de todos los tiempos. Todos han tenido un sistema, todos han pertenecido á la filosofía general de su tiempo, ó han tenido esta filosofía particular y doméstica de que habla Diderot, y en este último caso no han deducido de sus investigaciones esta filosofía particular y doméstica ó propia, sino porque tenían en sí mismos el germen y necesidad de tal filosofía. Pero sea cual fuere su origen, no han tenido menos cierto dogmatismo, en el que han hecho terminar todo su trabajo. Todos, hasta los filósofos escépticos, han sido afirmativos y dogmáticos de cierta manera, habiéndolo sido con relación al carácter de su tiempo; es decir, todos han sido afirmativos y dogmáticos según la naturaleza de la obra que ejecutaba y cumplía entonces el género humano, en virtud de las leyes de su necesario curso y progreso.

FÉLIX JANER.

(Se continuará).

AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO,

DEL HOMBRE FLACO

Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO.

(TRADUCCION DEL INGLES)

(CONTINUACION.)

En esta noche se derramaron muchas lágrimas y se fumó una cantidad extraordinaria de tabaco. El hombre de la caja de hierro se presentó aquella noche ante la sociedad con los ojos inflamados y con un pequeño araño en la mejilla izquierda cerca de la sien; hablaba oscuramente de una *ella* acentuando mucho la e. Las personas que conocían al hombre flaco advirtieron que estaba pensativo de un modo filosófico y murmuraba algo entre dientes. La novia del hombre gordo (que no se mostró hasta la mañana siguiente) hizo que se enviara un mensajero especial al hombre de la caja de hierro con esta advertencia imponente: «que no había que llevar nada (¡como si él hubiera llevado algo jamás!) y que él sería responsable de cualesquiera extravíos, tales como mirar á las muchachas bonitas ó bailar en las fiestas de los lugares con las aldeanas de medias listadas, cometidos junta ó separadamente durante la escursión.»

—¿Qué tengo que ver con esto? exclamó con vehemencia el hombre de la caja de hierro; pero despues se calmó conociendo que cosas como esta habían sucedido siempre. Las personas que estaban á su lado le hicieron algunas alusiones hablando de una joven de ojos dulces y azules, pero de un modo que no tenía chiste alguno.

No se necesita mucho para relatar las vidas y aventuras anteriores de los tres personajes de que nos hemos ocupado; pero ¿cómo dar una idea exacta de su exterior?

Seria cosa interminable; por de pronto, el hombre gordo parecia tener la misión especial de pasar siempre riendo por este valle de lágrimas. Su risa era tan natural y tan contagiosa, que con mucha frecuencia este hombre recibía misivas de los poetas dramáticos, en las que le hacían las promesas mas espléndidas, solo porque asistiese á la primera representación de sus obras, del género chistoso, se entiende, aunque en realidad el hombre gordo se reía tanto de una comedia como de una tragedia.

El hombre gordo vivía de sus talentos, de sus bienes particulares y de su buen humor, de todo lo cual era inagotable. Gustaba de comer bien, era aficionado á pipas y á cigarros, á la química, á la alquimia y á la filosofía natural, dibujaba muy bien con tinta y con lápiz y únicamente aborrecía á los tontos cuando estos eran de mala intención.

El hombre flaco era un filósofo cínico, una especie de Diógenes que vivía en una habitación elegante que le servía como el tonel al filósofo griego. Era un buen juez con respecto del vino del Rhin (al hombre gordo le gustaba el que era añejo, pero sin embargo prefería el de Burdeos). Sus enemigos (porque todos los tenemos en este mundo miserable) decían de él que debía mamar aun porque nadie en Londres le había visto comer jamás. Estaba entre el punto claro de los cuarenta años y el punto oscuro de los veinte, de modo que no puede haber duda en cuanto á su edad; sumando las edades de estos tres viajeros se llegaba hasta el extremo de un siglo.

En cuanto al hombre de la caja de hierro se podía decir que era un misterio. No vivía de mamar como el hombre flaco, aunque había declarado en varias ocasiones que tenía un ayuda de cámara en forma de buitre que vivía á costa suya. ¿Pero cómo un hombre cuyas entrañas están raidas por un buitre puede estar tan lleno de carnes? Prometeo con el costado ensangrentado se concibe fácilmente, pero ¿quién se le va á figurar con la nariz colorada? Nadie sabía con certeza donde vivía el hombre de la caja de hierro; las señas dadas

por él en distintas ocasiones y á diferentes personas eran contradictorias; á veces decia que habitaba en el distrito del Oeste de Londres, pero el medio que ofrecia mas probabilidades de hallarle era colocarse en aguardo en ciertos soportales oscuros, misteriosos y desiertos, que están entre las calles de Wellington y de Santa Catalina, donde solia dar audiencia á los enviados para tratar de negocios relativos á molinos de papel. Algunos decian que este hombre tenia una renta de 4,000 libras esterlinas al año y que poseia una embarcacion; otros sostenian que su alimento consistia principalmente en pescado y que dormia sobre botellas de cerveza; en una palabra, era muy misterioso, pero nada agradable, porque como hemos dicho, tenia la nariz colorada.

La caja de hierro, á la que debia el nombre, era aun mas misteriosa que él; era una caja negra y fea, no un baul de hierro de la edad media tal como los que hay en algunas colecciones de objetos de la edad media, pero tenia una cantidad de metal considerable; estaba medio cubierta con tarjetas de todos colores que indicaban los ferro-carriles por donde habia pasado y unas iniciales de tinta encarnada medio borradas ya. Por todas partes os encontrabais siempre esta caja; la veiais en el departamento de equipajes de los embarcaderos de los ferro-carriles; encontrabais que en los puntos donde los mozos ponen las tarjetas sobre los equipajes se las estaban poniendo á ella; os cortaba el paso en los puntos donde descargan los barcos y en cualquier parte en que os encontrarais estabais seguro de que el hombre de la nariz colorada no se hallaria lejos. Se susurraba que al hombre y á la caja se los habia encontrado una vez en Hampstead Heath, donde el hombre trataba en vano de persuadir á un muchacho que conducia un asno para que la colocara encima de la albarda y la condujera á Jack Straw Castle. ¿Que podia contener? Títulos de renta, oro, billetes de banco, harapos y huesos, manuscritos de tragedias en varios actos ó poemas en algunos cantos? ¿Quién podria decirlo? Si se le preguntaba á su dueño, daba respuestas evasivas, y cuando insistian en ello contestaba con rudeza. En un tiempo en que se han descubierto tantos secretos, el misterio de la caja de hierro tal vez podrá aclararse.

Era la tarde de un dia claro y ardiente de fines de agosto cuando nuestros tres conocidos se hallaban sobre el puente de primera clase del vapor *Batavia* que se agitaba para descender por el rio y semejante á un salmon entrar en el mar del Norte; solo que el *Batavia* se dirigia á Rotterdam, puerto que el salmon evita.

¿Qué ruido y qué confusion habia allí! Habian atravesado por entre dos vapores antes de llegar al puente del *Batavia* y los efectos y los pasajeros estaban tan mezclados y se movian de tal modo, que hubierais tenido dificultad en distinguir á primera vista si eran los pasajeros los que se deslizaban por planos inclinados para ser colocados en la bodega ó si eran cajas empacadas con sus tarjetas indicando el punto adonde iban. Era un dia caloroso como he dicho; sin embargo, allí habia un almacen entero de Manchester; lleno de paños, telas, schales, levitas y abrigos para caballeros y señoras; á no ser así, los pasajeros no hubieran sido ingleses. Estos fastidiosos pasaportes habian detenido algunas veces el flujo de la emigracion y Rotterdam no es en general el punto por donde empiezan los viajes de placer al continente.

Cuando la campana de aviso empezó á sonar hubo mucho ruido y gesticulaciones acompañadas de un lenguaje que no era del todo de cortesía. Los mozos que habian llevado los equipajes á bordo pedian una remuneracion exagerada y se veia el extraño espectáculo de gentes que estaban sobre el puente de un vapor echando una filípica tremenda, en comparacion de la cual todas las que conocemos de la antigüedad no valen la pena, y todo porque

querian un chelin de gratificacion por un trayecto muy corto. Uno de los viajeros, sin embargo, era un hombre de mundo, un individuo pequeño con una especie de capa y que llevaba quitasol; hombres de esta clase son generalmente cautelosos, así tuvo el chelin en su mano alargando el brazo y pidiendo al hombre que le habia llevado su equipaje que le tomara ó que hiciera con el un viaje á Rotterdam escogiendo una de las dos cosas. Y como la campana que anunciaba la partida sonaba fuertemente en aquel momento, el hombre que habia dejado su carrete á alguna distancia á cargo de otro de aspecto dudoso en cuanto á su honradez, tomó el chelin murmurando entre dientes «que el dinero no le abrasaria nunca el bolsillo» y echó á andar espresando disgusto y cólera.

Nuestros tres alegres compañeros sensibles á las exigencias de la ocasion habian adoptado un traje especial para el viaje. El hombre gordo estaba resplandeciente; al verle era preciso convenir en que daba importancia al *Batavia*. Una capa flotante, delgada aunque de abrigo y ancha aunque de un modo conveniente, que tenia tanto de la capa española como del poncho mejicano, del albornoz árabe y del mantó de Juverness. Llevaba además una vistosa cartera de viaje de grandes dimensiones, una cartera del mas fino cuero con un cerco y una cerradura lujosísima y que al abrirse descubria una multitud de divisiones de tafete carmesí, llenas de tabaco, objetos de tocador, cuchillos, tijeras y cortaplumas, caja para el tabaco hecha de paja de arroz bordada con cuentas de ambar, una cartera para el pasaporte llena de hojas blancas para las visas y el precioso documento expedido por el muy honorable Jacobo, conde de Malmesburg y vizconde Fitzharris, pasaporte visado por el cónsul de los Países Bajos y obtenido solamente (apenas hay necesidad de decirlo), por las muchas relaciones que tenia y la alta consideracion de que gozaba el hombre gordo en el ministerio de Negocios Etranjeros. Un sombrero de fieltro de forma ancha y aristocrática cubria la cabeza de nuestro hombre gordo; una sortija de diamantes brillaba en uno de sus dedos, y una multitud de diges adornaban la cadena de su reloj la cual flotaba sobre su chaleco saliendo por un bojal. Tenia un libro de memoria en una mano y una pipa de espuma de mar inestimable (si es que su color científico ha de tomarse como testimonio de su gran valor) estaba rara vez distante de sus labios varoniles. Y no debo olvidar tampoco, que formando sobre su pecho una cruz con la correa de que estaba suspendida su cartera de viaje, llevaba pendiente de un modesto cordon de seda una calabaza; si señor, una calabaza amarilla y natural, tal como puede encontrarse en los cuadros de la vida en la brillante Sevilla hechos por el inglés Mr. Philip. Esta calabaza tenia un pequeño tapon de corcho y un pequeño agujero en él para que saliera el viento, y fiel á las tradiciones de la patria ibérica contenia un vino amontillado de la calidad mas superior, que el hombre gordo prodigaba magníficamente á sus compañeros. Tenia un lapicero y un cañon de pluma ambos de oro y un soberbio libro de memoria de tafete lleno sin duda alguna de billetes de banco y de cartas de crédito. Este hombre era la perla y el orgullo de los jóvenes ingleses elegantes que van á divertirse al extranjero; se reia incesantemente, contaba anécdotas chistosas, cantaba trozos de canciones alegres, y antes de llevar diez minutos á bordo, hablaba con la mayor confianza al capitán, daba golpecitos en la espalda al segundo piloto y llamaba por su nombre de bautismo al despensero; era un hombre resuelto y franco.

El hombre de la caja de hierro (que habia estado sentado encima de ella desde que fue llevada á bordo por un mozo que gruñó terriblemente al recibir su salario diciendo que no estaba acostumbrado á cargar con cofres que tenian piedras de la calle dentro) tuvo algo de envidia al ver la magnificencia de su

amigo el hombre gordo, pero este le prometió que le dejaria llevar la calabaza ó la cartera de viaje, lo que él prefiriese, por todo el Rhin.

El hombre delgado, segun convenia á su temperamento filosófico, llevaba una levita corta, corbata negra y pantalon y chaleco de una tela comun. Un sombrero en forma de cañon de chimenea cubria su puntiaguda cabeza; parecia un caballero que iba á sus asuntos á la City; pero á decir verdad ¿no habia ido á la City para embarcarse á bordo del *Batavia* y no era precisamente su negocio el embarcarse? Tenia exactamente el mismo aspecto que los individuos que volvan despues de haber estado ante las murallas de Sebastopol y el mismo porte apacible que ellos.

En cuanto al hombre de la caja de hierro, este inesplicable individuo habia creido conveniente tomar las maneras de las gentes que profesaban el noble ejercicio de la defensa de sí mismos. El hombre gordo le habia bautizado en el momento mismo con el nombre de Jemmi Shahss. La gorra con la visera baja, los pantalones ajustados, su notable casaquilla hecha de una tela gruesa y basta y que segun el decia triunfalmente no podia ser cortada con un cuchillo, eran tan grotescos como fuertes en la apariencia. El escaso vello que dejaba mostrarse sobre su labio superior con lo demás del rostro afeitado, le daban mas bien el aspecto de un Jack Sheppard con bigote, como le dijo al oido el hombre flaco al gordo.

En cuanto á equipaje, tanto el hombre flaco como el gordo habian llevado cada uno una bonita y lijera maleta. El tercer viajero hubiera tenido una adicion á su nombre en caso de que hubiese llevado algo mas que su memorable caja de hierro.

—En todo caso, dijo el hombre flaco frotándose las manos, sabremos lo que contiene esa caja cuando nos registren en la aduana de Rotterdam.

—Tal vez, contestó de un modo breve y sentencioso el hombre de la caja de hierro.

Creo que no necesitamos describir por la millonesima vez los pequeños incidentes de un viaje á bordo de un vapor por el rio atravesando el Océano germánico (¡graciosa pretension es darle el nombre de Océano!) para ir á Rotterdam; no necesitaremos decir cómo pasaron nuestros tres viajeros por Erith, Gravesend y Tilburg y qué observaciones tan prudentes hicieron acerca de los ferro-carriles y la navegacion de vapor; cómo se entendieron acerca de la belleza del tiempo y la tranquilidad del agua (¡oh engaños de la esperanza! ¡oh vanidad del saber humano!), cómo hicieron que el despensero los llevara sobre el puente una bandeja con bizcochos y refrescos de los que participaron, fumando, cantando y señalando de palabra y con el dedo varios puntos conocidos que se veian en ambas orillas; cómo despues de las tres de la tarde fueron invitados á comer y aunque el mar estaba muy azul y el sol muy brillante, el agua no parecia completamente tan tranquila como en un principio; cómo disfrutaron de una sopa dudosa que mas bien parecia de agua clara que de tortuga, cómo rehusaron el inevitable carnero cocido, reunido sabiamente con la vaca, cómo pidieron valientemente una botella de vino de Oporto, y cómo despues de varias libaciones el hombre gordo bebió con el capitán y á su salud. Podria llenar muchas columnas con la narracion de estas aventuras contadas tantas veces. Las descripciones de Holanda pueden tolerarse en un viaje á los puertos de este país, pero me figuro que mis lectores no verian con gusto una relacion semejante. Sin embargo, cualquiera que pueda ser la longitud que demos á este capítulo debemos decir algo acerca de una belleza que iba á bordo del *Batavia*. No era la beldad cantada por Andrés Marwell en su agradable poesía, ni la blanca liebre de Rylstone, ni la corza blanca como la leche citada por Dryden, ni el ciervo de Shakspeare que lloraba tan



Vista de Rotterdam.

tristemente y al que espiaba el melancólico Jacobo, ni el ganso herido que había dejado el rebaño y al que la doncella pedía que volviera á él ni la gacela que el autor de «Eoten» cogió dulcemente en el desierto para colocarla en el arzon de su silla y á la que miraba con amor en sus ojos espresivos; pero ¿á qué estenderme sobre lo que no era? Baste decir que era una beldad si se asemejaba á cualquiera belleza pintada, era á la graciosa criatura que está cuidando de una niña en el cuadro de Edwin Landseer; mas como quiera

que sea era una beldad, una criatura extraordinariamente graciosa é iba como pasajera á bordo del Batavia. ¡Qué ojos tan dulces los suyos! ¡Qué boca tan tímida y qué labios de carmin! Esta joven llevaba un schal de Cachemira, (únicamente las beldades pueden llevar aun schales con gracia, en estos días de chaquetas, de levitas y de manteletas), y la amplitud de su traje era eterea, era debida á la gasa, no al almidon.

Tenia tambien una hermana que hubiera sido prodigiosamente bella á no estar ella allí.

El hombre de la caja de hierro que se había enamorado de un modo desesperado de la Beldad desde el primer momento en que la vió, fue requerido con dureza por el hombre gordo y por el flaco para que limitara sus atenciones visuales á la hermana y para que bajo ningún pretexto fuese á admirar á la Beldad con respecto de la cual, los dos amigos se habían convenido á disputársela amistosamente entre ellos. Siempre habían tratado de este modo duro al hombre de la caja de hierro; siempre escogían para él las novias mas feas, viejas



Fraile alemán.



Derechos pedidos al hombre gordo.



Niño holandés.

desdentadas que hubieran podido pasar por las brujas de Macbeth, mujeres jorobadas con la nariz mas colorada que la suya propia ó tuertas y de edad suficiente para que pudieran ser sus abuelas; esto á decir verdad, es muy duro.

El papá de la Beldad era un viejo terrible, de aspecto militar, con bigote canoso; á pesar de su severa apariencia se conocía que indudablemente amaba á sus dos hijas como á las niñas de sus ojos. Las lindas criaturas rehusaron descender y renunciaron tambien á la comida, pero el papá las llevó algunos alimentos adonde estaban. Ellas temían indudablemente marearse; se acercaron una á otra en la cubierta y su amante padre las echó enci-

ma mantos y abrigos, por debajo de los cuales se veían sus formas graciosas como los torneados miembros de Diana se veían debajo del velo que la cubría. Allí había una doncella para señoras que las hubiera servido, pero la pobre criatura se mareó antes de tocar en Gravesend, y hasta que llegaron á su destino permaneció en un estado de abatimiento deplorable. Creo que he dicho bastante de la Beldad para que no se considere extraño que nuestros tres viajeros la adorasen así que la vieron, desde la copa de su bonito sombrero hasta la punta de su gracioso calzado. Había tambien á bordo dos estudiantes ingleses que iban á terminar sus estudios á algun colegio de Andernath, francos, honrados, robustos,

de buen humor y de una modesta confianza. Se habían enamorado de la Beldad tanto como nuestros tres viajeros, y era un juego perpetuo al escondite el que había entre los hombres y los muchachos para obtener las mejores miradas de la Beldad.

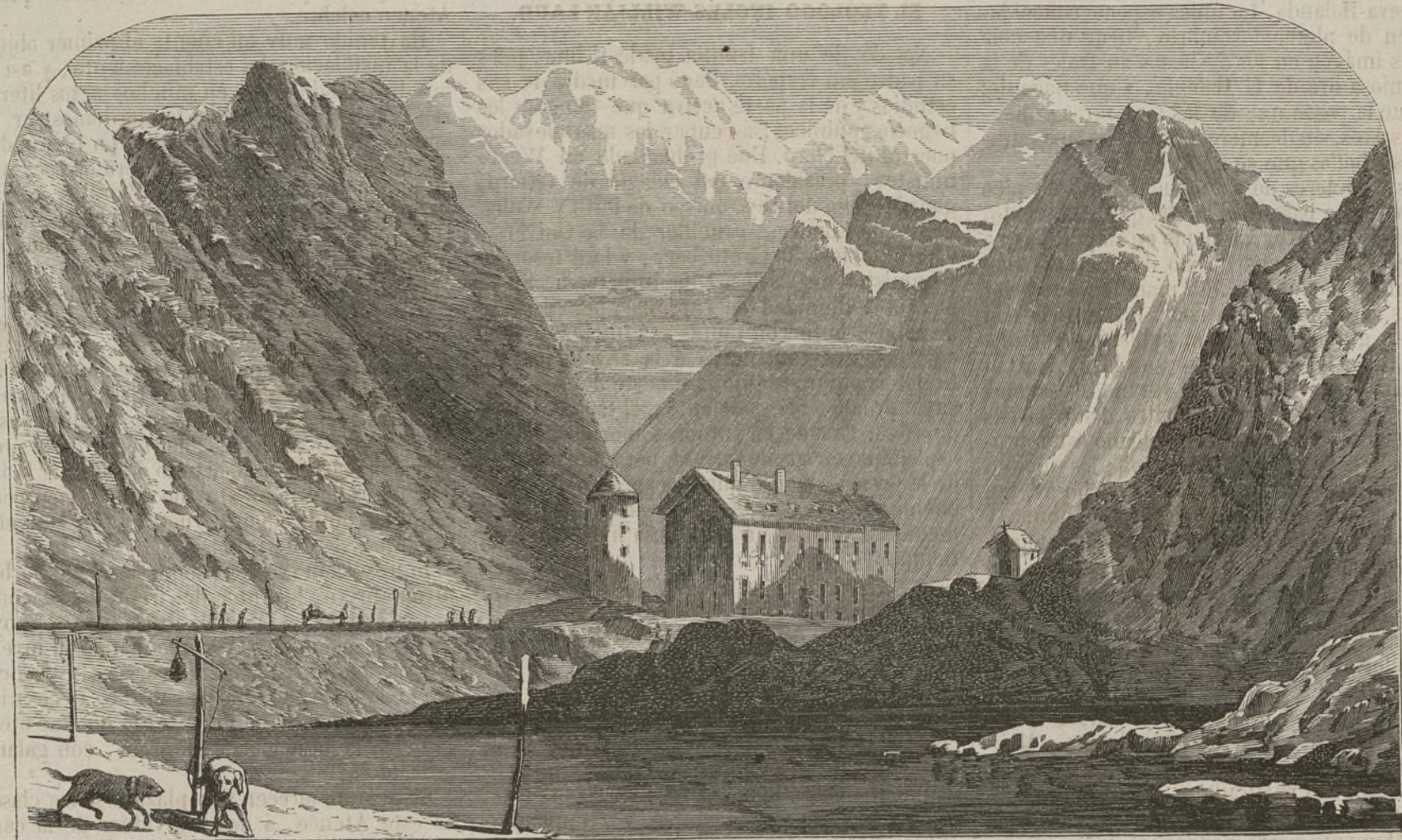
Poco despues de comer empezó un poco de viento.

(Se continuará.)

JORGE AUGUSTO SALA.

EL MONTE DE SAN BERNARDO.

Conocido es y célebre en todo el mundo por este nombre, uno de los montes de los Alpes,



Vista del monte de San Bernardo.

situado entre el Valesado y el valle de Aosta, cerca del nacimiento del Durance y del Doria. Forma una cordillera que se extiende por el espacio de 34 leguas, y entre sus dos cimas mas elevadas pasa el camino que conduce de Suiza á Italia. El hospital fundado en 968 por Bernardo de Meultron, está á 8,074 pies sobre el nivel del mar, en el cual todos los viajeros, sin distincion de sexos, clases, personas, pais ó religion, son tratadõs por los eclesiásticos que le habitan con la mayor afabilidad, y á quienes les ayudan en sus piadosos deberes unos perros que están adiestrados á descubrir los viajeros extraviados, y á traerles al hospicio. Bonaparte, cuando á la cabeza de su ejército marchó para la conquista de Italia, atravesó el gran San Bernardo, cuya cima mas alta es de 10,220 pies.

REVISTA DE MARSELLA.

El arte es un genio amable y celoso, dispuesto siempre á embellecer cuanto sirve al uso del hombre, desde las humildes mansiones hasta las mas opulentas ciudades, desde las cunas hasta los sepulcros; basta desearle uno para que venga. Marsella hasta en los últimos tiempos no parecia sino haber mirado con indiferencia y desdeñ el arte, y admiraba que una ciudad tan célebre, tan rica en oro y en navíos y en los productos del universo entero, fuese al mismo tiempo tan pobre en edificios, en esculturas, en cuadros... ¡Los negocios! los negocios ante todo; res-

pondian corriendo á la Bolsa los especuladores.

Pero Venecia y Florencia tambien entendian de negocios, y se consagraban al comercio, y han probado que al mismo tiempo que se enriquecian, podian tener gusto para lo que encanta los ojos y despierta en las almas los delicados sentimientos, los pensamientos nobles. Marsella tiene hoy ya un museo de pinturas, pero lo ignoran muchos extranjeros; y á decir verdad, es un pobre museo donde los buenos lienzos son muy raros, y si viene uno de Génova ó París, quedará medianamente sa-

tisfecho al encontrar tan poca cosa, y cualquiera que sea el mérito de las muchas pinturas, en los fastuosos cafés inmediatos al puerto, sus graciosas alegorías, cubiertas con el humo de los cigarros, no pueden aceptarse como recompensacion bastante.

Hace pocos años en vano se hubiera buscado en todo el vasto hormiguero marsellés una sola obra de arquitectura; ya comienza á ver uno algo y la emulacion nace. La nueva Bolsa que se ha construido es un paso en ese camino. No sucederá lo mismo con la catedral, que se ha encargado á uno de los arquitectos mas eminentes, Mr. Leon Vandoiller, el cual la va á levantar encima de la parte de la Jolieta; será un monumento que hará honor á Marsella y á la provincia entera, y que, concluido, aparecerá como una cosa sorprendente; algo y aun mucho se ha de tardar; pero al menos brillarán en él las artes, cuyo gusto han comenzado á tomar los marsellese. El grande aumento de esta ciudad desde la conquista de Argel y la guerra de Oriente es prodigioso; ¿qué va á ser de Marsella cuando se haya concluido la apertura del Istmo de Suez? Nada tiene de extraordinario que el amor á lo hermoso ennoblezca la passion de lo útil, y que Marsella sea el mas bello puerto que pueda hallarse para penetrar en Francia, en donde á tanta altura han llegado las artes.



El obispo William Laud.

EL AVE LIRA.

El ave lira es una preciosa adquisicion que hi-

zo la ornitología con el descubrimiento de la Nueva-Holanda. La única especie conocida, si bien de plumaje sombrío, tiene una cola que es imagen en los desiertos australes de la armoniosa lira de la Helenia, y que hace del ser que la posee una de las mas raras y magníficas aves, sin desmerecer entre las mas suntuosas y bellas que se conocen.

Los caracteres de este género son: un pico mediocre, de base mas ancha que alta, recto, cenceño, convexo, inclinado en su punta, que está escotada, y guarnecido de plumas sedáceas en su nacimiento. La mandíbula inferior es mas corta que la superior. Las narices son ovales, grandes, y están cubiertas por una membrana. Los tarsos, que son largos, están defendidos por cinco ó seis grandes escamas anulares, y terminan en cuatro dedos largos y delgados; el esterno y el mediano están unidos hasta la segunda articulacion; las uñas en que terminan son largas, poco ganchosas, tan anchas como altas, convexas por encima y obtusas, siendo mas grande la del pulgar. Las alas son cortas y cóncavas, tienen escalonadas las remeras primeras, siendo mas largas é iguales entre sí la sesta, octava y novena. El macho tiene catorce timoneras diversiformes; la hembra solo tiene doce cu-neiformes.

El lugar que el menuro debe ocupar en los métodos, dió margen á muchos debates. Monsieur Cuvier, que le colocó entre los passeres, dice acerca del particular: «La talla del menuro es análoga á la de las gallináceas; pero evidentemente corresponden al orden de las passeres por sus pies, cuyos dedos están separados, si se exceptúa la articulacion primera del esterno y del medio, por su pico triangular en su base prolongada, algo comprimido y escotado hácia su punta; las narices son grandes, membranosas, y en parte están cubiertas por plumas, como sucede á los grajos. Se les distingue fácilmente por la gran cola del macho, notable por las tres especies de plumas que la constituyen, á saber: las doce ordinarias, muy largas, de barbas sutiles y muy separadas; las demás en el medio, únicamente guarnecidas en uno de sus costados de barbas apretadas, y dos exteriores contorneadas á modo de una S ó como las ramas de una lira, cuyas barbas internas, grandes y apretadas, representan ó figuran una ancha cinta; y las externas, que son muy cortas, van acreciendo hácia su estremidad. La hembra solo tiene doce plumas de estructura ordinaria.

El menuro-lira ha sido por lo tanto incluido entre las gallináceas con el nombre de faisán-lira ó faisán de los bosques, y otras veces despues de los calaos y antes de los hoáminos, como lo hace Mr. Vieillot.

EL CIPRÉS.

Nacido el ciprés sin flor, sin encanto,
su triste espesura, su negro verdor
parece que llama las almas al llanto;
parece decirles, con hondo quebranto:
«¡Amad el dolor!»

Vereis cual su tallo gigante se mece
al fétido aire del sitio de paz;
mas no podreis nunca saber si humedece
sus fúnebres ramas el llanto, que ofrece
al alma, solaz.

Jamás se ha sabido si en tales lugares
gemidos le arranca su suerte cruel;
jamás se ha sabido si son sus pesares
arroyos tranquilos, ó si turbios mares
de gotas de miel.

Meciendo sus ramas sin flor, sin encanto,
su triste espesura, su negro verdor
parece que llama las almas al llanto;
parece decirles, con hondo quebranto.
«¡Amad el dolor!»

MELCHOR DE PALAU.

EL TEÓLOGO INGLÉS WILLIAN LAUD.

Nacido de una familia modestísima, pues su padre era trapero, llegó por medio de sus estudios y de la parte activa que tomó en los negocios públicos, á ocupar los mas elevados puestos del clero. Fue prebendado en Westminster, presidente del colegio de Oxford, guarda-sello del rey, obispo de Bath y Wells, obispo de Lóndres, canceller de la Universidad, arzobispo de Cantorbery, y lord tesorero y ministro de Carlos I de Inglaterra. Se le ofreció la dignidad de cardenal; pero á pesar de rehusarla fueron tantas sus intrigas y desaciertos, que contribuyó á la revolucion de Inglaterra que produjo la muerte del rey, y la suya propia, mas adelante, el 10 de enero de 1645. Era de costumbres morigeradas, y espléndido en sus donativos, pero fue enemigo de la prensa, con lo que se captó implacables enemigos. Quedan de él diversos escritos y memorias relativas á la azarosa historia de su tiempo.

EL ATENEO CATALAN.

DE LA CLASE OBRERA.

Pocas corporaciones habrá tan humildes como el Ateneo Catalan de la clase obrera; pero pocas habrá tambien de seguro, que puedan al año de su instalacion, levantar tan orgullosa su frente, y decir en voz muy alta: ahí teneis un establecimiento que nació de la nada, que debió su desarrollo á los sacrificios de todos, que se afianzó en el crédito, y al año de su instauracion presenta saldadas sus cuentas, con solos los recursos de sus socios.

Al finalizar su tarea la comision organizadora decia inaugurando este establecimiento: *Con la devolucion de vuestros poderes os entregamos una alhaja de inestimable valor, conservadla, aumentad su importancia, enriquecedla. ¡Ay de nuestro principio y regeneracion comenzada si por mezquinas pasiones ó criminal indolencia labrais su destruccion!*

Un año cuenta de vida y su existencia es gloriosa; la alhaja se ha conservado, se ha enriquecido, ha adquirido mayor brillo, y á pesar de la maledicencia, á pesar de la envidia, se ha demostrado á la España entera, que la clase trabajadora sabe organizar por sí, sabe crear centros de donde emane la ilustracion y la moralidad, en cuyo último punto no cede á ninguna otra.

Su junta general entrega hoy al público todos sus actos, analícense sus cuentas, hágase un minucioso exámen del ingreso y de los gastos, y véase como una junta obrera, á cuyos individuos ha escaseado en las últimas crisis fabriles, hasta el pan para sus hijos, sabe administrar lo ageno. Su reglamento prescribe hacer una memoria histórica de los progresos del Ateneo y aunque en modesta esfera puede hacerla cumplidamente.

Se han instalado clases de lectura, escritura, aritmética, gramática, geografia, historia, maquinaria, dibujo lineal y gimnasia, asistiendo á todas ellas un número relativamente considerable de alumnos que darán pruebas de su aplicacion en tiempo no muy lejano y que le han dado tambien de orden, circunspeccion y aprecio á los beneficios morales que les proporciona el establecimiento. La seccion instructiva dirigida por los distinguidos señores don Estéban Paluzie y don Odon Fonoll, han trabajado sin descanso en la instruccion de los numerosos alumnos que frecuentan las clases de este establecimiento, haciéndose acreedores por su celo y constancia, á la gratitud de todos. La falta de local no permitió que se instalara la seccion recreativa; sin embargo, la junta, de acuerdo con algunos socios honorarios, está disponiendo lo conveniente para dar algunos conciertos ó reuniones familiares, así como para la formacion de un coro que sirva para esparcimiento de los socios nume-

raros y tome parte en las solemnidades que el Ateneo celebre.

Ha tenido muy en cuenta el primer objeto de la instalacion del establecimiento, y así es que ha tomado parte en muchos actos literarios y científicos, tratando de demostrar su aprecio á todo lo útil y lo bello. La liberalidad de un socio, hizo que se pudiera ofrecer una pluma de plata á los Juegos Florales, y una copa de honor á la gran festival celebrada por el poeta popular señor Clavé, socio honorario tambien de este Ateneo.

Deseando la mayor instruccion de sus socios, acordóse publicar un *Semanario* costeado por algunos socios honorarios, siempre ganosos de proporcionar al establecimiento mayores medios de ilustracion. Este *Semanario* hubiérase repartido gratis, mas segun consta en el archivo, el señor gobernador de la provincia juzgándolo inoportuno á tenor de la indole del establecimiento, no tuvo á bien permitir su publicacion, frustrándose con ello los deseos de esta junta.

Ingresó como socio el señor don Félix Jorba, joven obrero, inventor del freno de su nombre, al que ha facilitado la junta todo el apoyo que le ha sido dable, recomendando su invento á las empresas de ferro-carriles, y solicitando de la de Martorell los medios necesarios para probar su dicho invento, lo que fue otorgado por la mencionada empresa, con galantería suma.

Se acordó ofrecer dos plazas en las clases de este Ateneo, á dos individuos de la casa correccion de Barcelona á título de patronato, al objeto de probar su gratitud al ayuntamiento de la misma, por el donativo que hizo para la instalacion, y al director de la casa correccional por los discursos pronunciados en el Ateneo.

A consecuencia de la crisis fabril que atravesaba la clase obrera del Principado, se pensó en abrir una suscripcion apelando á la generosidad del vecindario barcelonés; pero este pensamiento no pudo realizarse por motivos que no es del caso referir. La autoridad superior de la provincia invitó al Ateneo á tomar parte en la suscripcion abierta por la diputacion provincial, que correspondió en lo posible á tan laudable propósito, acudiendo á suscribirse á ella mas de quinientos individuos.

El señor don Juan Caballé inició la idea de una esposicion artística, y otro socio honorario la de un certámen de honor y filantropía conforme á las bases que de público se han manifestado; pensamientos que no han podido realizarse por no haber podido el señor gobernador civil de la provincia aprobarlos, teniendo en consideracion que este establecimiento no está autorizado por el gobierno central de Madrid. Mas ambas ideas no se han desechado; pues, cuando dicha autorizacion llegue, que ha de ser en breve, gracias al apoyo que con galantería suma ha ofrecido dicha autoridad civil, y de cuya eficacia todo lo debemos esperar, la junta confía realizar ambas con la brillantez posible. Dós nuevas ideas bullen en la mente de la corporacion: el establecimiento de premios á la virtud no metálicos, y el de ciertos certámenes artísticos, cuyo premio consista en convertir al mero jornalero en propietario de un establecimiento. Si ambas ideas son grandes, no asustan por ello á la junta, que veria con gran placer aunque no fuese mas que cada bienio, pasar á un individuo de la clase obrera á cuyo bien dedicará siempre sus esfuerzos, de la categoría de jornalero, á la de contratista de obra.

Una notabilidad literaria se ofreció á dar una leccion en el Ateneo, á su paso por Barcelona. La junta no podia resistir al deseo (prescindiendo siempre de su opinion política), de que sus socios oyeran la elocuente voz de don Emilio Castelar, á quien en prueba de gratitud se acordó nombrar socio-honorario del mismo.

Tambien fue nombrado socio de mérito el profesor de retórica del instituto de Palma don Luis Pons y Gallarza, que obtuvo la plu-

ma de plata ofrecida por este Ateneo al *cantor del trabajo nacional*.

La junta ha trabajado sin descanso para obtener mejor local ayudándose para ello de la auxiliar de fomento, compuesta de distinguidos socios honorarios, seccion que fue creada al objeto de que ayudara con sus luces al mayor desarrollo de la corporacion. Por el socio don José O. Bartomeus se presentó un proyecto para la construccion de un edificio propiedad del Ateneo. En asunto de tanta importancia, esta junta no podia resolver. La memoria presentada por dicho señor obra en el archivo de la sociedad. Solo á la ilustracion de la junta general debe remitirse la resolucion sobre tan importante empresa.

Diversos ofrecimientos se han hecho para el desempeño de cátedras, teniendo el sentimiento de no poder aceptarlas por falta de local unas, por heterogéneas otras.

La sociedad tiene una deuda de gratitud impagable con la prensa española en general y la barcelonesa en particular. Pocos, muy pocos, son los periódicos españoles que han dejado de remitir uno ó mas de sus números á nuestro gabinete de lectura, y hasta la prensa italiana y la portuguesa, se han asociado en nuestra empresa y la prensa será la poderosa palanca de desarrollo.

Humildes pero honrados obreros, los socios del Ateneo Catalan han visto agruparse á su alrededor un gran número de personas distinguidas de todas clases y condiciones, todas ellas anhelantes de mejorar el estado social de la clase obrera por *medio de la instruccion*, sin la cual es difícil, imposible que cumpla el hombre su destino en la tierra.

Hasta 107 socios ha habido existentes en la clase de lectura y escritura, 80 concurren á la de aritmética, 37 á la de gramática, 21 á la de dibujo lineal, 26 á la de geografía é Historia de España, y 36 á la de gimnasia. Si exiguas son algunas de estas sumas, cúlpese á la estrechez del local, no á la falta de deseo de asistencia.

EL FILÓSOFO Y LA HECHICERA.

CUENTO.

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL RUSO.

(CONTINUACION)

Al oír estas palabras el filósofo Tomás, se puso triste y abatido, pero súbitamente sintió el olor de pescado seco y echó una mirada á los pantalones del teólogo que iba delante de él; este había encontrado ocasion de robar un *carass* (1) de una de las carretas que habia en el corral. No había hecho este robo para comer el pescado, sino únicamente por la fuerza de la costumbre, y como había olvidado ya completamente su presa mirando si había algun otro objeto digno de ser robado, aunque no fuera mejor que una rueda rota, el filósofo Tomás metió su mano en el bolsillo de Halia-va como si fuera el suyo propio y sacó el pescado de él.

La anciana distribuyó á los estudiantes en sus zaquizamis; encerró al teólogo en una especie de granero, y al filósofo en un establo, ambos vacíos.

Apenas quedó solo el filósofo empezó á devorar su pescado seco, echando entre tanto una mirada alrededor de las paredes de su establo; dió un puntapie á un cerdo curioso que introducía su hocico por una abertura y se echó sobre el lado derecho para dormir como si fuera un cuerpo muerto. Súbitamente la pequeña puerta baja del establo se abrió y la anciana entró casi arrastrándose.

—¿A qué venís aquí? dijo el filósofo.

Pero la anciana se fué derecha hacia él con los brazos extendidos. El filósofo dió dos pasos hacia atrás, pero ella se le acercó de nuevo tratando de asirle sin pronunciar una palabra. Un terror súbito asaltó al filósofo, especial-

mente cuando vió que los ojos de la anciana brillaban con un fuego extraño.

—Mujer, ¿qué quieres? Vete, vete en nombre de Dios, gritó.

Pero ella sin replicar le asió por ambas manos; el filósofo se levantó con la idea de correr. La hechicera se colocó delante la puerta, le lanzó una mirada terrible y se aproximó de nuevo á él; en vano trató de rechazarla, pues con gran sorpresa suya percibió que no podia levantar una mano sin mover un pie. Hasta la voz misma cesó de sonar; formaba palabras que morian en su garganta, únicamente su corazón latía con violencia. La hechicera se acercó y habiéndole asido, cruzó sus dos brazos sobre su pecho, echó la cabeza hacia atrás y se lanzó sobre sus hombros con la velocidad de un gato; entonces le dió un golpe con un palo de escoba y ¡asombraos! el filósofo empezó á dar saltos como un caballo.

Todo esto pasó con tal rapidez, que el pobre filósofo no tuvo tiempo de pensar nada. Se cogía las rodillas con intencion de detenerse, pero ¡oh, estupefacción! á despecho suyo, sus piernas hacian corvetas dignas de un caballo circasiano. Solo despues que hubieron dejado detrás de ellos el establo y que una llanura inmensa que tenia á ambos lados una floresta sombría semejante á una línea de carbon, se desarrolló ante sus ojos fue cuando se dijo á sí mismo: ¡es una hechicera!

La luna que estaba en creciente esparcía una luz pálida en la atmósfera. La fría antorcha de la media noche coronada de vapores flotantes, derramaba su claridad sobre la tierra como un velo trasparente. Los bosques, las praderas, los valles, las colinas, todo parecía dormir con los ojos abiertos; ni un soplo de viento se sentía. Habia algo de húmedo y de templado en la frescura de la noche. Las sombras de los árboles y de los arbustos se estendian largas y delgadas como la cola de un cometa al través de la superficie de la llanura.

Tal era la noche en que el filósofo Tomás Bruto galopaba de este modo con tan extraño ginete sobre sus espaldas. Un sentimiento desconocido, angustioso, mas sin embargo, dulce, se hizo sentir en su corazón; inclinó su cabeza y le pareció que la yerba de la estepa que llegaba casi á sus pies estaba muy distante y muy baja, y que sobre ella se estendia una sábana de agua clara como el manantial de una montaña. Esta yerba le parecia tan clara como el fondo de un lago límpido y trasparente; por último, vió en él con toda claridad el reflejo de su propia figura con la hechicera que cabalgaba sobre sus hombros; creía ver en vez de la luna un sol desconocido que iluminaba las profundidades de este mar. Se figuraba ver y oír lejos, muy lejos, que las pequeñas flores del campo inclinaban sus cálices resonando al mismo tiempo. Despues vió una russalka (1) que salió de un alto matorral de juncos y cañas; veía sus miembros torneados y sólidos aunque formados de vegetales. La russalka se volvió hacia él y ¡asombraos! su rostro con los ojos claros y penetrantes se aproximó tocando casi la superficie del agua mientras ella cantaba un canto que conmovia el alma del filósofo. Una convulsion de una risa estridente vibró por todo el cuerpo de la russalka que se sumergió para aparecer de nuevo, y los contornos de su cuello blanco como porcelana mate y cubierto con innumerables glóbulos de agua semejantes á perlas, parecían transparentes á los suaves rayos de aquel sol de media noche, mientras ella temblaba y se reía en el fondo del agua.

Pero el filósofo ¿veía ó no veía lo que acabamos de decir? ¿estaba soñando ó despierto? ¿qué era lo que oía? ¿era viento ó música? Resonaba aproximándose á él y penetraba en su alma como un sonido agudo y extraordinario.

¿Qué he de hacer? pensaba mirando hacia abajo aunque arrastrado todavía á continuar

(1) Divinidad de las aguas en la religion de los antiguos slavs.

su carrera. Bañado en sudor experimentaba una sensacion diabólicamente agradable; una especie de placer terrible que por su mucha intensidad le causaba terror; le parecia no tener ya corazón, y lleno de horror, puso la mano sobre su pecho. Desesperado, exhausto de fuerzas, trató de acordarse de todas las oraciones que habia aprendido y repitió todos los exorcismos imaginables. Su paso se fue haciendo menos rápido y la hechicera le iba sujetando con menos violencia. Súbitamente sintió una especie de influencia mas dulce; las largas yerbas tocaban casi á sus pies y dejó de ver todo lo que era sobrenatural. Solo la luna creciente brillaba en el firmamento.

—¡Bueno! ¡bueno! dijo para sí el filósofo Tomás y empezó á recitar de nuevo sus exorcismos, pero esta vez con toda la fuerza de sus pulmones. De repente con la velocidad del relámpago quitó á la hechicera de encima de sus hombros, y se colocó sobre los de ella. La hechicera empezó á correr con pasos muy cortos, pero con tal rapidez, que su caballero apenas podia respirar; la tierra parecia volar bajo sus pies. Todo aparecia sereno á la imperfecta luz de la luna; la llanura se estendia igual y unida; pero los objetos estaban confusos á su vista por la rapidez de su carrera. El filósofo cogió un palo del suelo conforme iban corriendo y empezó á golpear con toda su fuerza á la hechicera. Esta daba gemidos que en un principio eran de amenaza y de cólera y que debilitándose poco á poco, llegaron á ser mas suaves, puros y agradables; al último apenas hacian mas ruido que el de pequeños cascabeles de plata. Involuntariamente se preguntó á sí mismo: ¿es realmente una vieja?

—¡Oh! no puedo soportarlo mas, dijo la hechicera con una voz entrecortada por la fatiga y se dejó caer en tierra sin movimiento. El filósofo se colocó á su lado mirándola fijamente. Comenzaba entonces la aurora y las cúpulas doradas y brillantes de Kiew se veían á lo lejos; á la débil claridad del crepúsculo matutino, Tomás vió que la que yacia delante de él, era una hermosa jóven con ricos cabellos sueltos y largas y sedosas pestañas; se hallaba privada y habia abierto sus brazos blancos y desnudos; su respiracion era dificultosa y levantaba sus ojos llenos de lágrimas hacia el cielo.

Tomás empezó á temblar como una hoja; sentía piedad y terror mezclados con una extraña agitacion. Se levantó tan pronto como sus piernas pudieron llevarle; su corazón latía con violencia en su pecho y no podia explicarse á sí mismo las sensaciones tumultuosas que le agitaban. No estando de humor de hacer una excursion por la comarca, se apresuró á volver á Kiew reflexionando todo el camino sobre tan extraña aventura.

(Se continuará.)

NICOLAS GOGOL.

PENSAMIENTOS.

En los festines de nuestros antepasados, los ancianos cantaban, al sonido de la flauta, versos en los cuales se celebraban las bellas acciones de sus padres, para escitar á la juventud á imitarlas. ¿Pudo jamás haber una rivalidad mas noble ni mas útil? La adolescencia rendía á la vejez un justo homenaje; la vejez abatida, al fin de su carrera, animaba, sostenía, por medio de estos relatos, á los que entraban en la vida activa. Atenas, Academia, estudios del día, ¿qué sois en comparacion de aquellos estudios domésticos? De aquella escuela salian los Camilos, los Escipiones, los Fabricios, los Marcelos, los Fabios.

Valerio Máximo.

Por el marfil se caza al elefante, por las perlas se abren y matan las ostras, por su charlatanería se tienen presos los loros. Del mismo modo el hombre debe á menudo sus desgracias á las ventajas con que se enorgullece.

Pensamiento árabe.

(1) Pescado grande de los lagos y estanques de la Pequeña Rusia.



El ave lira.

CANTARES.

Las rosas de tus mejillas
rosas sin espinas son,
las espinas de estas rosas
las tengo en mi corazón.

Cuando duermo, siempre sueño
que estoy hablando contigo,
mas despierto ya calculo
la distancia del camino.

Ayer tarde estuve haciendo
castillitos en la arena,
y al mismo tiempo pensaba
en tu amor y en tu firmeza.

Cada ángel mas en la gloria
es del mundo un ángel menos,
cada entierro acá en la tierra
es un bautizo en el cielo.

MELCHOR DE PALAU.

MALMSTEN.

POESÍA POPULAR SUECA DE LA EDAD MEDIA.

Malmsten ha soñado que el corazón de su
amada se hacia pedazos. Llama á sus criados
y les dice:

—Levantaos y ensillad mi caballo negro;
voy á ver cómo se encuentra mi amada.

Monta á caballo, atraviesa el bosque, y des-
pues halla á dos niñas preciosas.

Una lleva un vestido azul y le dice:

—Dios os guarde; ¡qué pena vais á tener!
La otra lleva un vestido encarnado. Malm-
sten le pregunta:

—¿Quién está enfermo ó quien se ha muerto?

—La amada de Malmsten.

Se dirige hácia el pueblo y ve el entierro
de su amada.

Se baja del caballo y se pone junto al ataúd.
Quitó de sus dedos cinco sortijas de oro y

las da á los que van á abrir la sepultura.

—Abridla ancha y profunda, les dice, para
que nos podamos pasear dentro.

Y Malmsten se hiere en el pecho y cae
muerto.

REVISTA DE TEATROS.

Defraudadas las esperanzas de los aficiona-
dos al Regio Coliseo de oír los agradables á la
par que instructivos conciertos clásico-religio-
sos, encuentran un delicioso pasatiempo en la
nueva ópera del maestro Verdi de la que nos
ocupamos en la *Revista* anterior, debiendo
añadir tan solo que, gustando mas y mas, cada
dia proporciona entusiastas triunfos y repeti-
das coronas á su inspirado autor.

En dicho teatro se ha cantado tambien el
Roberto y Norma con éxito bastante lisonjero.

En el Príncipe, despues de la comedia de
gracioso: *A caza de divorcios* y de la pieza:
Al borde del precipicio, que no alcanzó feliz
éxito, se ha estrenado la comedia titulada:
Las miserias de la aldea. Aunque de plan po-
co meditado y de objeto poco deslindado, tie-
ne trozos de mucho efecto que han valido nu-
tridos aplausos á su autor don Emilio Mozo
Rosales, y á los actores que la desempeñan,
siendo de notar entre estos á los señores Pi-
zarroso y Casañer. Ultimamente se ha puesto
en escena en el mismo la comedia de Scribe,
arreglada por don Ventura de la Vega y titu-
lada *La farsa*.

Mentiras graves, comedia del señor Gomez
Trigo, representada en el teatro del Circo, es
una obra bastante notable; lástima que los dos
primeros actos carezcan del interés del terce-
ro y que el carácter de la tia sea tan seme-
jante al de la *Cruz del Matrimonio*, pues por
lo demás está escrita con mucha tersura y cor-
reccion, y tiene un objeto muy moral y bien
desarrollado. La señora Valverde ha sabido in-
terpretar muy bien su papel, y lo mismo de-
cimos de la señora Lamadrid y el señor Be-
netti. En la misma noche se estrenó la pieza:
El autor, el autor, que es una de esas papar-
ruchas que nos vienen todos los dias de Fran-
cia y que es lástima que se pierda el tiempo
en su traduccion.

La comedia de magia *La almoneda del dia-
blo*, sigue dando buena entrada al teatro de
Novedades.

En el de la calle de Jovellanos siguen las re-
presentaciones de *Matilde y Malek-Adel*; esta
zarzuela, aunque de escaso argumento, pues
tan solo es capaz de llenar un acto, gusta al
público en razon á la carestía de zarzuelas re-
gulares y por estar tambien acompañada de
algunas piezas de música bastante agrada-
bles.

Nada nuevo hemos visto en Variedades, si
se esceptúan dos piecitas de que nos ocupa-
remos en otra revista, asi como del buen éxito
que ha obtenido la *Norma* en el recreativo
liceo de Piquer.

BONIFAZIO STIFFELIO.

REFRANES HIGIÉNICOS.

Hija, ni mala seas, ni hagas las semejas
(ni lo parezcas).

Agua mala, hervida y colada.

El pece fresco, gástalo presto.

El lenchon de un mes, y el pato de tres.

Con viento limpian el trigo y los vicios con
castigo.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.
—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pa-
saje de Mathen.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos
de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.